

Conseja de Pescadores

(CUENTO)

Por JUAN GUILLAMET

Dibujos M. BAIG



¡El "Media Luna" está loco!

Esto es lo primero que se oye cuando se menciona el mote de este pescador en una villa costera catalana que lo mismo pudiera ser Mataró que Cadaqués.

El "Media Luna" es un viejo pescador de cara tan chupada, que parece nuestro satélite cuando tiene forma de rodaja de melón. El "Media Luna", cuyo nombre nadie conoce con exactitud, es un hombre muy chupado a la antigua, pero con un aire como de quien da ciento y raya a los progresos más modernos. El se ríe de muchos inventos y, muy en particular, de la aviación, sobre todo cuando le hablan de que hoy un avión le lleva a uno de Europa a América en cuestión de unas quince horas. Entonces se echa a reír de una forma extraña y suele replicar invariablemente:

—“Eso no es nada. Yo he hecho un viaje a América empleando en la ida y el regreso una hora escasa en total.

La gente, claro está, enseguida:

—El “Media Luna” está loco”.

Y él sabe que dicen esto, pero se encoge de hombros y se dibuja en sus rudos labios una desdeñosa sonrisa. Se aparta de los grupos, de los coros y se va solo a lo largo de la playa hacia su apartado extremo donde está varado su bote, su viejo bote. Allí se tumba sobre la arena con las manos entrelazadas bajo la nuca y mirando al cielo. Permanece así largas horas y llega la noche sin que se haya movido. El “Media Luna” piensa en su gran aventura de aquella noche, hace cuarenta y tantos años...

Desde hacía unos días, todas las mañanas, cuando el “Media Luna” se disponía a salir con su bote a pescar, lo encontraba mojado como si acabara de llegar. Al hombre le extrañaba mucho la cosa y, en su fuero interno, ya se figuraba lo que sería. Alguien se aprovechaba de su bote y lo utilizaba para algo. Y, como ya empezaba a estar harto, tenía que averiguarlo y acabar con ello de una vez.

Por esto fue por lo que una noche, después de cenar, cogió una manta, echósela al hombre y se dirigió a donde estaba su bote. Tendióse dentro y se dispuso a esperar. La noche fue avanzando y pronto reinó el silencio del modo más absoluto. Empezaba el sueño a rondar al “Media Luna” cuando le pareció oír algo así como un fuerte batir de alas. Sin moverse, creyó distinguir las sombras de unas aves de gran tamaño que se cernían en lo alto describiendo círculos sobre su embarcación. De pronto oyó un crujido muy próximo y, al entornar los ojos, vió posado en la borda del bote un enorme pajarraco, y otro, y otro, hasta seis. El “Media Luna” parpadeó y, al abrir de nuevo los ojos, los pajarracos habían desaparecido. En su lugar estaban seis mujeres desconocidas que no parecían haberse apercibido de su presencia. El “Media Luna” se aplastó cuanto pudo en el fondo del bote y se tapó bien la cabeza. Entretanto, oyó decir a una de las mujeres:

—“Vara para una, vara para dos, vara para tres, vara para cuatro, vara para cinco, vara para seis”.

Transcurrieron unos instantes sin que nada de particular ocurriera. La mujer (la bruja, empezaba a pensar el “Media Luna”) repitió el conjuro y, en vista de que no surtía efecto, preguntó con mal humor:

—Bueno. ¿Es qué alguna de vostras está encinta?

Las viejas respondieron al unísono son una seca negativa. Las jóvenes, algo moscas, se limitaron a murmurar desordenadamente:

—“Creo que no”.

—“Por si acaso” —replicó la marimandona— “Vara para una, vara para dos, vara para tres, vara para cuatro, vara para cinco, vara para seis, vara para siete”.

El “Media Luna” se quedó de una pieza al notar como la quilla se deslizaba rápidamente hacia el agua y, una vez en ella, se lanzaba a navegar desaforadamente, a una velocidad tal que no recordaba haber alcanzado nunca él mismo, pese a llevar desplegado todo el velamen. Aquella rauda navegación se prolongó largo rato. Cuando el pescador comenzaba a experimentar la necesidad de cambiar de postura, notó que la embarcación atracaba en una playa. Sacó la nariz y vió como los pajarracos levantaban el vuelo y se perdían a lo lejos.

El “Media Luna” saltó del bote para estirar sus miembros e inmediatamente quedó pasmado por el espectáculo que se ofrecía a su vista. Aquella playa le era completamente desconocida. Era una playa desierta, despoblada. Lo único que se distinguía era una exuberante vegetación que daba a conocer la rica vitalidad de aquella tierra. Anduvo largo rato entre sorprendido y maravillado y se paró de pronto ante un árbol cuyo aspecto le llamaba la atención. Aproximóse más y, examinando su tronco, comprobó que pertenecía a un árbol de la misma especie que unos troncos que había en casa de un comerciante que se dedicaba a importar maderas de América. Entonces, aquello era América! Y las brujas, con toda seguridad, volverían! Dispú-

soso azorado a volver al bote, pero, volviendo de su determinio, volvió al árbol, agarró una rama y tiró, tiró con fuerza primero, luego con frenesí, hasta que consiguió arrancarla. Después corrió alocadamente, a todo meter, hacia la embarcación. Metióse dentro de un salto y se escondió de nuevo bajo la manta, fuertemente abrazado a la rama desgajada, mientras su corazón le golpeaba, como loco, las paredes del pecho.

Regresaron los pajarracos, sonó de nuevo el conjuro para siete, en la hipotética preñez de alguna bruja, y partió la nave impulsada quien sabe por que ni por quien. El "Media Luna" se durmió de miedo con tembloteos taquicardíacos y su bote, lanzado a una fantasmal y cabalística singladura, siguió su rumbo dejando en pos de sí una estela de espuma, que era blanca por lo menos y se hallaba al margen de aquellos sucesos.



El relente de la madrugada despertó al "Media Luna" abrazado a su rama todavía. Se marchó a su casa y la guardó cuidadosamente. Hizo rociar su bote con agua bendita para que no lo usaran más las brujas y no fueran a dejárselo olvidado en las Américas si alguna vez se les ocurría regresar volando. Luego anduvo huído por el pueblo dando que pensar a la gente una larga temporada. Hasta que, hace poco, pareció volverse más sociable y empezó de nuevo a frequentar algún corro. Con tan mala pata que, como se discutiera sobre estos aviones que van y vienen de América en tan pocas horas, se le ocurrió al "Media Luna" soltar aquello de que él había ido y regresado en una hora con su bote. Entonces la gente vió con claridad lo que ocurría al viejo "Media Luna". Y lo que le pasaba era que estaba preso de una chifladura imponente.

La conseja se ha esparcido por el litoral catalán habiendo sido localizada por el insigne folklorista Juan Amades entre otras localidades en Cadaqués. También se dice que esto ocurrió en Altea, poblado marinero de la costa valenciana e incluso en Palma de Mallorca. ¿Qué más da? Lo importante es el espíritu de un pueblo que conserva la conciencia de este tesoro espiritual que le pertenece. Que ha nacido quizás de la poesía que derraman estos pueblos rudos pero deliciosos contrastes que ofrece la tierra firme ante la mar seductora y peligrosa como una novia difícil.